

notas de filosofía

P. Alfonso López Quintás.

TAREA URGENTE: APRENDER A PENSAR EN RELIEVE

El descubrimiento del mundo de las formas al que aludí en el artículo anterior (1) hizo patente la necesidad ineludible de dar amplitud al modo humano de pensar. Por eso se habla tanto en la actualidad de flexibilidad (*souplesse*) mental. Y si se estudia a fondo el pensamiento contemporáneo puede observarse que está impulsado por el afán de liberar los conceptos de la nefasta rigidez a que fueron sometidos por siglos de rutina intelectual.

Nada más importante para cuantos, de un modo o de otro, contribuyen a estructurar la cultura de un pueblo que hacerse cargo personalmente de lo que implica esta tarea, decisiva, a ojos vistas, para todas las ramas del saber.

UN CASO CONCRETO

Pensemos, por ejemplo, en todo lo que implica el fenómeno típicamente humano de la *libertad*. Leamos entre líneas los tres breves comentarios que siguen, tratando de destacar las paradojas que constituyen su entramado interno:

1. *Libertad y obediencia*.—Lo cierto es que a medida que avanzamos en la vida nos afirmamos en la idea de que ser libres es todo menos fácil. Pero lo grave es que estamos ante una de esas verdades fundamentales que sólo se aprenden con propia experiencia, a costa de luchas, caídas, sobresaltos y procesos duros de regeneración. No es fácil, por ello, convencerse en la juventud de que la libertad es algo muy complejo que hay que conseguir a fuerza de un arduo adiestramiento.

La libertad, como las plantas, necesita un ámbito de expansión, clima adecuado y un afán tenso de arraigarse en tierra buena; vale decir: necesita *autonomía* y *disciplina*. Cuando un joven logra entrever que una misteriosa solidaridad une estos dos conceptos, su formación ha dado un gran paso hacia la madurez.

La fuerza de la vida reside en el equilibrio. Y el equilibrio del espíritu, que es vida superior, pende de la armonía—inestable, dramática, profundamente humana por tanto—, entre lo que podríamos llamar los impulsos y los ideales, las exigencias del *individuo* y los imperativos de la *persona*. El hombre es libre cuando sirve a aquello que lo cumple como persona, aunque coarte sus apetitos individuales.

Ser libres es ser fieles a las exigencias del propio ser, que está hecho para soportar altas presiones de comunicación, y debe someterse, por tanto, a la sujeción que impone una vida de comunidad con la intensa energía con que se ciñe un avión a la pista para ganar la suprema libertad del vuelo.

Posiblemente la juventud actual, tan poco dispuesta a plegarse a exigencias cuyo sentido desconoce, se acogerá a la disciplina de la obediencia con la mayor decisión cuando se haga cargo de que la autenticidad del hombre radica en ser libre para servir a valores supremos.

La dignidad del hombre es su libertad. Pero libres lo somos tan sólo en germen. Entre el mero poder de obrar a capricho y el comportarse con interna libertad, es decir, con libertad ética, media la tarea de toda una vida de esfuerzo. Porque es de saber que sólo es autónomo quien domina sus impulsos y encauza su vida por vías de fecundidad espiritual. Libertad es la firmeza de criterios del que sabe identificarse con las leyes más profundas de su propio ser, es decir, los principios morales, la necesidad de comunicación, la inquietud hacia la verdad y la plenitud de Quien nos creó a su imagen y semejanza.

Estrenar libertad es dar comienzo a una tarea que se identifica con la propia vida, esta vida terrena que no es, vista con profundidad, sino una oportunidad para hacerse hombres.

2. *La libertad y el riesgo del amor*.—Desde la infancia siente el hombre un entusiasmo vital, un ansia de despliegue, una personal euforia que lo lleva a abrirse a la vida, a quemar energías, a desvivirse. En la adolescencia—acorde a la revolución fisiológica—una

(1) Cfr. Revista ARQUITECTURA, junio 1962.

llamarada de rebeldía parece dispuesta a quemar las naves que unen al joven con su pasado y con la sociedad en general. Es la primera gran crisis de la lucha humana por la libertad. Pero, a medida que la experiencia mitiga sus primeros ímpetus, va entreviendo el joven gradualmente que una extraña ley vincula al hombre con los demás seres, y pone en relación de equilibrio el desarrollo de la propia personalidad con la entrega a los demás. No es posible estar solo en el mundo: Robinsón, en su isla, se muere necesariamente de asfixia espiritual, pues el espíritu del hombre sólo vive y florece en un clima de comunicación y apertura. "Los hombres no son islas" (John Donne).

Al joven le pierde su afán creador, porque su experiencia propende a entender la creación como afirmación individualista. Por eso, cuando se abre al misterio de la complementariedad—según el cual el artista se hace en contacto con las obras que crea, el orador con sus oyentes, el piloto con el volante, etc., en una relación de mutua dependencia—, cuando se abre a este misterio y lo acepta agradecido y admirado, ese momento marca en su vida el comienzo de una nueva era. El ansia de hacerse hombre se traduce entonces en piedad: entrega respetuosa y entrañable al misterio del amor.

Bien sabemos que el amor que es entrega constituye un riesgo, y el amor que es posesión da dominio, produce firmeza. Pero una sabiduría multiseccular nos dice que evadirse a la seducción de esta seguridad es la primera condición para progresar en la vida del espíritu, o, si se quiere, es el paso al reino de la verdadera libertad. Por eso es la pubertad—época de las primeras salidas de sí mismo—el tiempo para abrir los ojos a una verdad eterna, fundamento de todo verdadero Humanismo: "El que pierde su alma la gana; quien la retiene la pierde."

El hombre se entrega, y esta donación lo devuelve a sí mismo en estado de madurez. Este reencuentro del hombre consigo mismo después de su salida al mundo de la comunicación despierta en su espíritu la conciencia de la propia personalidad. Replegado, en cambio, sobre su ser egoísta, el hombre se reduce a un punto inextenso, sin la menor densidad humana. Para ser fecunda, la autonomía del hombre debe estar inspirada por una actitud de entrega.

Que el hombre sienta, pues, una llamada interna hacia la autonomía es normal y sano. Es la voz de la sangre que impulsa a hacer la vida por propia cuenta. Lo anormal es el desequilibrio de quien rompe amarras con el mundo en torno y desborda las aguas de su vitalidad por entender la sumisión al cauce como una represión. Si esta energía, en cambio, es estructurada y modelada por esas fuerzas superiores tan eficaces como aparentemente irreales que llamamos valores, la

Humanidad saludará con gozo el advenimiento de un nuevo hombre.

No es, pues, por azar por lo que surgen a la vez el ansia de autonomía y la primera tensión hacia el amor. Pues una ley de vida nos enseña que el vigor de la personalidad está en relación directa con la generosidad de la entrega. El hombre es el ser que, al darse por amor sincero, no se dispersa; se distiende en el ámbito de intimidad que crea con esa donación. Paradójicamente, la unión verdadera entre los hombres, y, por tanto, su fuerza de cohesión, sólo se da cuando éstos se aventuran al riesgo del amor sin reservas. Por eso el ansia de libertad lleva al joven a la experiencia del amor, que, en su más honda entraña, se define como el intercambio de voluntades que funda un clima de intimidad. El hombre inicia su vida de libertad cuando se libera del egoísmo "perdiéndose" por amor.

3. *La libertad como tarea.*—La libertad en abstracto se define como autonomía. La libertad en concreto se manifiesta como facultad de elección. Pero sucede que la elección sólo admite un cierto número de posibilidades: estamos ante una forma de libertad que coarta el ansia de determinación ilimitada. La libertad verdadera no se identifica, pues, con el imperio del capricho o la arbitrariedad de la voluntad.

La libertad del que obra con autenticidad es la capacidad de expresarse a sí mismo en su conducta. Esto condiciona la libertad de elección. La fidelidad a sí mismo, lejos de ser un mero desahogo vital, es el fruto de Dios sabe qué severa e implacable disciplina del espíritu.

El que elige siente que hay normas supremas que le instan a tomar determinadas direcciones. La libertad moral consiste en escoger libremente el camino recto.

Inequívocamente, pues, la libertad es una tarea. Todo lo contrario de esa espontaneidad amorfa que sueña el adolescente.

HACIA UNA SOLUCION DEL PROBLEMA

¿Cómo se unen estas aparentes antinomias? De hecho, el hombre siente en sí la vibración real de este fenómeno desconcertante que es la libertad. Una tras otra va observando sus diversas manifestaciones. Pero ¿es posible ver de golpe la unidad que indudablemente deben todas ellas constituir? Este es el problema. Para ello hace falta un tipo de pensamiento tensionado, capaz de amplias perspectivas. He aquí lo que comúnmente se llama intuición, y a lo que se alude cuando se habla, por ejemplo, de "los grandes espíritus intuitivos". En este sentido ha escrito Merton: "Este asunto de la 'salvación' es algo muy simple, cuando se lo ve intuitivamente. Pero, si lo analizamos, se vuelve una completa maraña de paradojas. Llegamos a ser lo que de veras somos, cuando morimos para nosotros mismos."

Ganamos sólo aquello que renunciamos, y si todo lo renunciamos, todo lo ganamos. No podemos encontrarnos dentro de nosotros, sino sólo en otros, y al mismo tiempo, antes de poder ir a otros tenemos que encontrarnos a nosotros mismos. Hemos de olvidarnos de nosotros para adquirir plena conciencia de quiénes somos. El mejor modo de amarnos es amar a otros; mas no podemos amar a otros si antes no nos amamos a nosotros mismos, tal como está escrito: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo." Pero si nos amamos torcidamente, nos incapacitamos para amar a los demás. Y, de hecho, cuando nos amamos torcidamente nos aborrecemos; y si a nosotros mismos nos aborrecemos, no podemos dejar de aborrecer a los demás. Con todo, existe cierto sentido en que debemos odiar a los demás y abandonarlos para encontrar a Dios; y aquel sentido que dijo Jesucristo: "Si uno viene a Mí y no aborrece a su padre y a su madre... y hasta su propia vida, no puede ser mi discípulo" (Lucas 14:26). En lo que respecta a ese 'encuentro' de Dios, ni siquiera podemos buscarle si no es que ya le hemos encontrado, y no podemos encontrarle si antes El no nos ha encontrado a nosotros. No podemos comenzar a buscarle sin un don especial de Su gracia; y, sin embargo, si esperamos que la gracia nos mueva para comenzar a buscarlo, probablemente nunca comenzaremos" (2).

Hay que cuidarse muy bien, sin embargo, de confundir esta intuición con la facultad anti-intelectualista de intuir lo llamado "irracional". Pues esta forma de intuición no sólo no se opone al entendimiento, sino que significa su último y definitivo logro.

La tarea del pensamiento actual consiste en ampliar al máximo el poder intuitivo del entendimiento, pero tal ampliación lleva consigo la movilización de facultades que sin ser directamente intelectivas colaboran eficientemente al proceso del pensamiento: me refiero al sentimiento y a la voluntad.

De ahí la importancia de que haya arquitectos como el americano Luis Kahn que concedan al sentimiento honores de primera figura, pues, a pesar del desconcierto que ello pueda significar si es visto a través de una lente filosófica rigurosa, en el fondo de esa actitud late la intuición de un modo profundo de realidad,

aquella de que vive el espíritu del hombre: el mundo de las formas. Y esta ampliación del campo humano de experiencia es lo decisivo. Un descubrimiento fecundo envuelto en la ganga de un puñado de inexactitudes supera infinitamente en valor a un seguro caminar académico que se ahoga en la rutina.

Lo importante, en definitiva, es no partir de un concepto abstracto de las cosas, para aplicarlo después a cada una en concreto. Pues tal concepto forzaría a cada una de las cosas a acomodarse a él, como el viejo Procrustes obligaba a sus huéspedes a adaptarse a las dimensiones del único lecho que tenía disponible. Tomada en abstracto, libertad significa autonomía frente a toda suerte de coacción. Vista en concreto, la libertad es un fenómeno en que se da una maravillosa conjunción de autonomía y obediencia. Pero para ver esto hay que acomodar el ángulo de visión a lo complejo, tarea que exige el concurso de la claridad intelectual, la rectitud de la voluntad, y la emoción que pone el sentimiento en cuanto encierra algo de misterio.

NOTA BIBLIOGRAFICA

Con todo interés presento a los lectores de ARQUITECTURA la siguiente obra, de reciente publicación en español:

GILSON (Etienne): *Pintura y realidad*. Edit. Aguilar, Madrid, 1961. Traducción del inglés de Manuel Fuentes Benot. Con 115 ilustraciones, 297 págs.

Magnífico servicio presta la Editorial Aguilar a los lectores españoles al facilitarles esta obra, ya conocida, sobre todo a través de su edición francesa, por tratarse de un trabajo digno de la mayor difusión. Entre otros méritos, no el menor de este volumen es poner una nota de profundidad y auténtico equilibrio en la disputa acerca del valor del llamado Arte Moderno. El autor no se ha limitado a filosofar acerca de la pintura, tarea que lleva un fatal riesgo de extrapolar categorías y violentar la verdad de las cosas, sino ha estudiado la pintura como filósofo. Así, ha podido ofrecernos ese espléndido capítulo, central en la obra, que lleva el título "La causalidad de la forma" (págs. 114-138).

En esta obra pueden aprender cosas decisivas no sólo ni en primer lugar los artistas todos quienes se consagran a crear modos nuevos de expresión, sino los filósofos, cuya actividad hoy día debe ir inspirada, sin duda alguna, por el estudio profundo, ágil y abierto de todo lo que entraña el ambiguo y fecundo concepto de "forma".

En un lenguaje sereno y preciso, armonizando la anécdota y el dato erudito con la especulación, el autor nos ofrece multitud de sugerencias y puntos de vista acerca de temas tan actuales como "la existencia física", la "Ontología de la pintura", "Pintura y lenguaje", "Imitación y creación", "La significación de la pintura moderna". Dada la importancia que reviste en la actualidad la determinación del estatuto ontológico de los entes, el estudio reposado de esta obra puede ser de una fecundidad insospechada.

La traducción es diáfana y cuidada.

(2) Los hombres no son islas, pág. 18. Los subrayados son míos.